

José Ramón Irisarri, un hombre de cualidades excepcionales

Excelentísimo Señor Vicepresidente de la Real Academia de Ingeniería, excelentísimos académicos y académicas, Señoras y Señores.... Buenas tardes a todos...

Permítanme que mis primeras palabras sean palabras de agradecimiento. Agradecimiento a la familia por permitirme estar esta tarde en este incomparable marco de la Real Academia de Ingeniería para compartir con todos ustedes algunos recuerdos y anécdotas que, a lo largo de más de 50 años, he vivido con una de las personas más importantes de mi vida: mi amigo José Ramón Irisarri.

Gracias Maruja, gracias Ignacio, José Ramón, Trinidad e Isabel por darme la oportunidad de estar aquí, en este espacio tan querido para José Ramón.

Desde que la familia me habló de este acto y me dio la oportunidad de compartir con todos ustedes estos minutos para recordar algunos de los momentos vividos con José Ramón, he estado rememorando algunos de los más entrañables que hemos vivido juntos.

Recordar de nuevo esos cientos de anécdotas que a lo largo de más de 50 años hemos compartido José Ramón y yo, me ha permitido, en cierta medida, volver a vivirlas así que, de nuevo, gracias a toda la familia por este momento y, sobre todo, gracias José Ramón por haberme regalado 50 años de tu amistad.

Porque, Señoras y Señores, José Ramón Irisarri fue eso, mi amigo, mi mejor amigo, durante más de 50 años.

Nos conocimos, como surgen muchas de las grandes amistades, por motivos profesionales.

Corría el año 1965. Él era entonces consejero de diversas empresas y máximo responsable de Compair Holman Ibérica S.A –compañía que fundó en 1959- y yo lo era del Área Industrial y de Empresas Participadas del Banco de Financiación Industrial S.A .

Conectamos desde el primer momento.

Poco a poco, de forma natural, se fue creando una amistad profunda que iría creciendo con el paso de los años y duraría hasta su último día; una

amistad tan especial que acabaría convirtiéndonos casi en hermanos. Porque José Ramón Irisarri acabó siendo un hermano muy querido para mí.

Sus valores y sus cualidades humanas eran excepcionales. Fue un hombre que hizo de la sencillez, de la rectitud y de la honestidad sus principales señas de identidad. Y eso, le hizo triunfar en el ámbito personal y profesional.

Su forma de ser y de actuar así como sus valores y sus cualidades humanas, fueron las “responsables” de que nuestra relación profesional acabara convirtiéndose en una entrañable relación de amistad.

Fue un hombre que se hizo querer y respetar, dentro y fuera de su Compañía, por sus grandes cualidades profesionales pero, sobre todo, por su gran calidad humana.

Respeto y admiración que trascendía su ámbito profesional más cercano y que llegaban a sentir también los clientes de la Compañía.

A lo largo de muchos años trabajamos, codo con codo, en infinidad de planes y proyectos. Aún hoy recuerdo con cariño las gratísimas reuniones que teníamos en el Banco para hacer, como él decía, “una puesta en común” de todos los asuntos y para tratar proyectos de futuro tanto de sus sociedades como de las empresas participadas del Banco.

Disponía de una gran capacidad para liderar equipos. Imagino que es difícil no sumarse a un modelo de liderazgo de alguien que hace de su ejemplo personal su principal herramienta de gestión.

En todos sus planteamientos, fruto de sus profundas reflexiones, José Ramón transmitía seriedad, seguridad, conocimiento y buen hacer.

Era concienzudo y meticuloso y siempre transmitía la sensación de “tenerlo todo controlado”.

El Banco le apoyaba siempre en todos sus proyectos y confiaba plenamente en su criterio y en su capacidad de gestión, precisamente por ese conocimiento que demostraba de los temas, por la claridad con la que hacía los diferentes planteamientos pero, sobre todo, por su acertada visión de futuro.

José Ramón contribuyó al desarrollo industrial de este país en momentos especialmente difíciles y, sin duda, su brillante gestión incidió directamente en la creación de un importante número de puestos de trabajo.

A lo largo de muchos años, he sido testigo de cómo su empresa, Compair Holman Ibérica, mantenía un línea de crecimiento, incluso en momentos de mala coyuntura económica, mientras que las empresas de la competencia sufrían lo indecible para poder mantenerse a flote.

Su buen hacer convirtió a Compair Holman Ibérica en la “joya de la corona” de las empresas del Grupo de Pinto, participadas por el Banco.

Les contaré una anécdota.

Recuerdo que en cierta ocasión, el responsable del Área Industrial de uno de los más importantes bancos de negocios de este país, también accionista de su Compañía, me comentó que la política de su banco en ese momento pasaba por “desinvertir” en determinados sectores y me pidió que le ayudara a identificar posibles compradores para las acciones de Compair. Inmediatamente le respondí que nosotros compraríamos todas las acciones de la compañía que nos pudieran ofrecer.

Jamás volví a tener noticias acerca de ese intento de venta ni supe que se desprendieran de una sola acción. Imagino que, en realidad, nunca tuvieron intención real de hacerlo porque, sin duda, la empresa de José Ramón era una magnífica inversión.

Era un hombre con una gran capacidad para generar ideas y, lo que es más difícil, para llevarlas a cabo y, sin duda, se adelantó a su tiempo.

Cuando hace muchos años nadie hablaba de “la marca España”, José Ramón ya trabajaba a conciencia construyendo con su trabajo la marca España en los principales países del mundo.

Su esfuerzo, su constancia y su buen hacer llevó a su Compañía a introducir equipos con alto contenido tecnológico en los principales países del mundo, imponiéndose incluso, en ocasiones, a su matriz inglesa.

Era un hombre generoso y agradecido. Pensaba en todo y en todos. Aún recuerdo con admiración y cariño cuando el 23 de febrero de 1981 -fecha en la que, como todos ustedes recordarán, se produjo el intento de golpe de estado- me llamó desde Londres a las diez de la noche para saber cómo estábamos y cuál era la situación.

Cuando ya ambos habíamos dejado la primera línea profesional, nos seguíamos viendo regularmente. Normalmente, los miércoles -creo que los martes le tocaba Real Academia (ahora entiendo un poco mejor por qué le gustaba tanto acudir a este lugar)-. Quedábamos para comer en el restaurante Gaztelupe a las dos menos cuarto en punto, antes de que empezaran a llegar los clientes. Le gustaba comer, y hacer las cosas, con tranquilidad.

Durante esas entrañables comidas siempre salían a relucir los mismos temas:

- sus profundas convicciones religiosas
- la familia (tan importante para ambos)
- los recuerdos profesionales
- la actualidad
- y, especialmente en los últimos años, El Escorial, el golf, Cabo Roig y el mar.

Siempre le sentí muy cerca de mí -espero que él tuviera la misma sensación- y siempre supe que podía contar con él para todo; para los buenos momentos pero también para los más difíciles. La vida nos dio la oportunidad de demostrárnoslo mutuamente en muchas ocasiones.

En el año 1989, tuve un grave problema de salud. Allí estuvo, desde el primer momento, a mi lado, José Ramón. Él me ayudó a contactar con los médicos que, con su buen hacer, me permitieron superar aquel trance e hicieron posible que aquellos momentos se hayan convertido hoy en recuerdos del pasado.

Aún recuerdo sus reconfortantes visitas a la Clínica donde tuve que estar hospitalizado. Podría decirles que en aquellos difíciles momentos de mi vida, José Ramón me apoyó, me acompañó, me reconfortó... pero sería más justo decir que José Ramón se portó como el hermano que era.

Cuando el pasado mes de agosto, una mañana, me encontré con una llamada perdida en mi móvil de su hijo Ignacio, tuve un mal presagio. Apenas faltaban doce días para su cumpleaños cuando me enteré, por boca de su hijo, que mi amigo había fallecido.

Nos habíamos visto por última vez a finales de junio. Estaba muy recuperado después de haber pasado una mala temporada como

consecuencia de unos durísimos dolores de espalda que, una vez más, con constancia, con disciplina y con esfuerzo había conseguido superar.

No pudo ser. Aquella fatídica caída sería el único envite que le puso la vida delante y que José Ramón no pudo superar. Jamás olvidaré aquella fecha: 15 de agosto de 2015; pero jamás olvidaré tampoco el privilegio de haber compartido con un hombre excepcional más de 50 años de intensa amistad personal y profesional.

Gracias José Ramón, por haber compartido conmigo tantos momentos y vivencias de esta apasionante aventura que es la vida. Ha sido un honor, hacer parte de este camino contigo.

Descansa en paz, amigo.

Muchas gracias a todos.